

FÁBRICA  
DE  
**AGUA DE SELTZ,**  
LIMONADAS CASEOSAS Y JARABES.

—●—  
**DUBOST, HIJOS.**  
MEXICO  
2ª de la Providencia N° 3.

LA PRIMERA ESTABLECIDA EN LA REPÚBLICA  
Y LA ÚNICA  
MOVIDA POR VAPOR.

**Los pedidos de Jarabes de todas clases,  
se sirven inmediatamente.**

EFFECTOS  
DE  
PRIMERA CLASE



JARABES  
Y  
LIMONADAS

REPARTO  
A  
DOMICILIO

**GENERAL CARLOS DIEZ GUTIERREZ.**

Desde que aceptamos la misión de biógrafos, para dar á conocer tanto en el país como en el extranjero á aquellos de nuestros contemporáneos que han alcanzado alguna celebridad, nos hemos propuesto no solo ser imparciales en nuestras apreciaciones, sino exactos en nuestros retratos morales, evitando toda exageración que deforma la verdad.

Muy pocos son en efecto los escritores que al delinear los rasgos históricos de nuestros hombres públicos han podido despojarse de sus afecciones personales ó de sus pasiones políticas: así es que las biografías de mexicanos que la prensa periódica, sobre todo, ha dado á luz, adolecen de una exagerada parcialidad ó dando proporciones épicas á las medianías, ó deturpando injustamente alguna personalidad.

Este género de trabajos literarios se han emprendido siempre para sostener candidaturas electorales, ó para hacer oposición al personal de un gobierno ó de un círculo político. Por tanto, no puede haber imperado en el espíritu que las dictó la serena tranquilidad que es indispensable para no extraviarse en un terreno tan escabroso.

Y cada digo de la biografía manufacturada por especulación, en la cual todo se ha cuotizado, el lápiz del litógrafo que debe dar al personaje posturas académicas y contornos apolíneos, y las frases hiperbólicas del escritor que dan un baño de inmortalidad á una gloria oscura que hasta entónces habian dejado las generaciones en una culpable oscuridad.

Escribir semblanzas de contemporáneos bajo cualquiera de estos programas es deformar la historia de un país, dar una idea falsa de nuestros hombres públicos y con-

vertir en caricatura la biografía, que es uno de los componentes más necesarios para formar las crónicas auténticas de las naciones.

Alejado de las influencias mal sanas que acabo de indicar, creo poder colocarme en un punto objetivo donde obtenga el verdadero parecido de la personalidad que intento delinear. Pero si alguna vez me apasiono en mis apreciaciones, porque nadie puede eludir las debilidades inherentes á la humanidad, en cambio protesto que los hechos que enarro son enteramente ciertos, y sobre ellos podrá calcarse toda rectificación que se quiera hacer de mis escritos.

La personalidad de que voy á ocuparme es nueva en la galería de nuestros hombres públicos. No pertenece á la generación que hizo la reforma entre los relámpagos de la civilización y el diluvio de sangre que derramó el pueblo por conquistar sus libertades: tampoco pertenece al grupo que ante ningún crimen se detuvo por falsear la constitución y entregar á la República á la más brutal é insolente de las reacciones.

Cuando México luchaba por sus libertades, por su independencia y por su progreso, Carlos Diez Gutierrez, cuya semblanza vamos á hacer, recorría ese período tan feliz de la infancia, en cuya dulce indolencia no hay más pesar que la fatiga del aula, y solo alumbran la vida las deslumbradoras ráfagas de un mentido porvenir.

Nacido en un pueblo de San Luis, el Valle del Maíz, en 1845, allí pasó sus primeros años hasta que su familia lo trasladó á la capital del Estado, adonde perfeccionó su educación primaria y secundaria, siguiendo despues el curso de artes y los estudios de derecho hasta el segundo año.

Al hacer su carrera sufrió el contagio que entonces se hizo sentir en la mayor parte de los colegios del país, el de las ideas republicanas que como un viento de ciclón agitaban el suelo, arrancando de raíz las preocupaciones, el fanatismo y la tiranía militar sostenida por la iglesia mexicana.

Entre la juventud que comienza á descifrar los problemas de la ciencia es adonde más rápidamente fecundan y florecen los principios democráticos que traen con-

sigo la emancipación de la inteligencia y la consagración del derecho del hombre, base de todos los derechos.

Por eso vimos en la lucha de los liberales contra las hordas del clero levantarse á los estudiantes de Jalisco contra los verdugos de Herrera y Cairo, llevando por penden el tapete empapado en sangre donde habia sido asesinado el mártir.

Y las escuelas profesionales de México dieron un valioso contingente á los ejércitos de la reforma, y á los patibulos levantados por el clero en los ensangrentados campos de Tacubaya.

Aun en las ciudades donde más influencia tenia la iglesia, las escuelas recibian el germen de la idea nueva, y así se preparaba la generación que debió continuar la obra de los hombres de 1857 y 1859.

El joven Diez Gutierrez dos ó tres veces abandonó su escuela para ir á militar entre los blusas rojos que en el norte del país lucharon sin tregua contra los reaccionarios.

Pero su familia lo obligó á tornar á su carrera literaria, que tenia para él menos atractivos que el campamento militar, apesar de que cada año obtenia el primer premio en sus exámenes escolares.

Coactado así por el afecto de su familia, y en la edad aun en que el carácter propio cede ante la dulce atracción del hogar, continuó sus estudios hasta 1866 en que vino á la capital á terminar su carrera de abogado.

La República cruzaba la crisis más grave que puede un pueblo registrar en su historia. La traición habia entregado el territorio á los invasores, y éstos, contando con el degradado y dúctil factor del partido conservador levantó un trono al príncipe de Hapsburgo por realizar quien sabe que ridiculo pensamiento político del hijo adulterino de Hortensia, que no pudiendo llevar el nombre del almirante Verhuel, se robó modestamente el de Napoleon, de quien no tenia ni una gota de sangre en las venas.

El imperio, erigido entre la nube de humo del incienso que en loor suyo quemaba la Iglesia católica, pronto sintió que vacilaba en sus cimientos: el gobierno monár-

quico no era viable, porque no podía asimilarse ninguno de los elementos del pueblo que intentaba regir.

Dividido éste en dos grandes partidos, Maximiliano ni pudo destruir al liberal que lo combatía, porque los demócratas odian la traición, ni podía asociarse al partido retrógrado que delira todavía, creyendo que puede constituirse á las sociedades modernas con frailes, jesuitas, monjas y soldados.

Maximiliano era demasiado ilustrado para admitir los principios políticos de los conservadores, que apenas pueden explicarse en la Edad Media y que sólo son posibles en España: tuvo por tanto, que rechazar á los que le habían regalado una corona y los arrojó de sus salones con el pie.

Solo quedaron á su lado los lacayos, las damas de honor y la servidumbre que le ofreció la aristocracia de acá, lo que se llama la gente decente. Más, algunos liberales del promedio, de partido moderado, de ese huitre de la victoria que ha encontrado el secreto de erigir no una democracia cristiana como la soñó en su demencia Lamartine sino un programa político que aduna la asistencia diaria á la ceremonia de la misa con la adjudicación de fincas y capitales de manos muertas.

Pero con eso no se hace un gobierno que necesita una gran suma de vitalidad para sostenerse contra los ataques del partido liberal que, desafiando al ejército francés, á las legiones extranjeras á sueldo del imperio, á las cortes marciales, y todo lo que le era hostil, combatía sin tregua ni descanso.

Ningun componente nacional entraba en la organización del imperio: un clero sin nacionalidad y que siempre se liga con los enemigos de la patria, las clases acomodadas medrosas é ignorantes, y los soldados de la reacción que se veían subordinados y desdenados por los invasores: con estos únicos auxiliares el imperio tenía que morir.

La Francia misma se indignaba de ver á sus soldados empeñados en una empresa insensata de lesa civilización, y el emperador de los franceses mismo, decepcionado por su proyecto de hacer predominar en América el elemento latino, y temblando con la actitud de la Alema-

nia, había abandonado á su aliado, cuya avidéz de dinero no podía saciar.

El partido nacional, por el contrario, se vigorizaba cada día más, y la juventud abandonaba los talleres y los colegios para ir á unirse con los liberales.

Cárlos Díez Gutiérrez, que ya otra vez había saboreado las emociones de esas escapadas de colegial donde se han formado muchos héroes, abandonó de nueve su carrera y marchó á San Luis adonde se presentó al Gral. Treviño, pidiéndole lo admitiese en sus filas. Pero la familia del pasante de abogado había influido ya en que el general republicano no admitiese á aquel jóven, y éste, no queriendo tornar á lugares ocupados por los imperiales, se quedó en Tamaulipas trabajando en sus asuntos personales.

La escuadra francesa se había alejado de nuestras aguas hinchadas sus velas por el insolente ultimatum de Seaward: los extranjeros á sueldo de Maximiliano desertaban unos á bandadas y otros eran barridos por las tropas republicanas: la gente decente había huido al extranjero entre los equipajes de los zuaivos: los ricos que habían comido en la mesa del soberano, ó habían cuidado sus caballerizas, ó habían alojado á los generales invasores, se escondían y buscaban humillantes transacciones con el vencedor. Los pedantes del partido moderado aconsejaban á su emperador que abdicase, y éste al fin se sintió solo, enteramente solo, traicionado por Bazaine, y sin elementos para continuar la lucha.

Sin embargo partió á ella con los viejos soldados de la reacción, que apesar de las decepciones recibidas supieron siquiera ir á morir valientemente por un extranjero.

Maximiliano pagó su error con la cabeza. Fusilado en el Cerro de las Campanas, no dejó sucesor ni bandera que se izara frente á la república. Y ésta se hubiera consolidado para siempre si el partido liberal hubiera comprendido que no importa tanto destruir al partido conservador, que no tiene vida propia y que no tiene opiniones sino convicciones engendradas por su ignorancia, como matar la influencia del clero que lo galvaniza.

Pero como siempre, á la hora del triunfo olvidó el par-

tido liberal las severísimas lecciones de la experiencia, y yacía aun en el entresuelo del Palacio de Gobierno de Querétaro el cadáver embalsamado del ilustre fusilado, cuando salió del gabinete de Juárez una imprudente convocatoria, cuyo principal crimen consistía en tornar á la vida un clero que había sido el verdadero autor y responsable de la invasión y de la intervencion que había sufrido la República.

Esta, sin embargo, no permitió que se violara el Código de 57 que había mantenido la unidad de los mexicanos, y salvado así la autonomía de la Nación: y se reconstituyó rápidamente poniendo en vigor sus leyes, organizando su administracion y abriendo sus establecimientos públicos y sus colegios.

Carlos Diez Gutierrez tornó entonces á la capital, á continuar sus estudios de abogado: despues de esos afanes tan dolorosos como desconocidos, que pasamos los que careciendo de todo apoyo hemos seguido una carrera profesional, el jóven pasante la terminó en 1868, recibiendo su título en 1869.

La nostalgia, el deseo de volver al hogar, lo hicieron salir de la capital para su Estado con un compañero de juventud, llenos ambos de ilusiones y de esperanzas.

¿Llevaba el abogado novel el proyecto de encerrarse en un oscuro y empolvado bufete de pueblo, sepultando entre alegatos y actuaciones una vida llena de savia y fervente con una sangre riquísima y llena de ardor?

Evidentemente que no: Diez Gutierrez no tenia una organizacion adaptable á ese trabajo enervante donde la inteligencia se agota en esfuerzos supremos por deformar la verdad, y el corazon se gasta sacrificando el sentimiento al interés.

Cuando termine la narracion de los hechos, al hacer su síntesis, tiene forzosamente que surgir la silueta moral de la personalidad que retratamos. Entonces se podrá ver que no nació para las sombrías labores del foro ese carácter apasionado por el brillo, por el fausto, y en el cual hasta los defectos son cualidades de corazon.

Caminaban los dos jóvenes por la vía de San Luis cuando fueron asaltados por una gavilla de reaccionarios. Y Diez Gutierrez, cediendo á un arranque de locu-

ra y no queriendo sufrir vejacion alguna, intentó defenderse.

Hay que tomar en cuenta que el jóven abogado y su compañero caminaban llevando solo un sirviente: y sin embargo como iban armados emprendieron la lucha contra los guerrilleros cuyo número era diez veces superior. El combate fué largo hasta que Diez Gutierrez cayó herido y fué hecho prisionero.

Estos dramas de camino real, que en los países cultos apenas caben en la novela, son sin embargo muy frecuentes en Italia, en España y en México. La raza latina, sobre todo cuando el catolicismo no le permite educarse, es muy fecunda en héroes de encrucijada.

En México comenzaba ya á trastornarse la paz pública.

En estos apuntes biográficos no podemos estudiar los factores de la revolucion que se inició desde 1869. Solo nos restringimos á consignar, que los restos del ejército imperial fueron los que sirvieron para combatir las dos primeras administraciones republicanas.

La revolucion misma de la Noria, que proclamaba principios liberales, y que contó por caudillos á los que más habían combatido contra el imperio, tuvo algunas veces por auxiliares algunos soldados del clero.

Así se explica que á la sombra del levantamiento hecho contra Juárez merodearan algunos reaccionarios que solo podían vivir en el camino real.

Y la administracion del Sr. Lerdo, antes que tuviera que luchar con el pronunciamiento de Tuxtepec necesitó combatir, y rudamente, contra las gavillas y bandidos que el clero levantó en Michoacan contra las leyes orgánicas de la reforma. Allí gastó el gobierno constitucional sus elementos, allí se extinguió gran parte de su vitalidad reprimiendo una insurreccion de guerrillas y en una guerra de montaña, tan desventajosa para las tropas regulares. A esto se debió, tal vez, que cuando surgió el plan de Tuxtepec y cuando el movimiento local de Oaxaca se adhirió á él, el Gobierno resintió la debilidad de sus fuerzas empleadas en las costosas victorias que obtuvo contra los guerrilleros católicos.

Entre tanto la inseguridad volvió á resentirse por to-

das partes, y ni los intereses ni las personas tenían garantías sino en las poblaciones de alguna importancia.

La gavilla que había capturado á Carlos Diez Gutiérrez y su compañero se preparó á fusilar á su prisionero, apesar de estar herido. Este, sin embargo, consiguió á fuerza de audacia y sangre fría salvarse del peligro, haciendo creer á los guerrilleros, que también iba á mezclarse en la revolucion.

Después de mil peripecias que sería muy largo contar, se captó el jóven abogado de tal suerte las simpatías de aquellos bandidos que quisieron que se quedara con ellos, dándole el carácter de jefe de la guerrilla.

Diez Gutiérrez aparentó aceptar, pidiendo sólo que le permitiera ir á alguna ciudad donde hubiera recursos, á curarse de su herida que con las expediciones á Cabaño y la mala alimentación, se había agravado.

Lo dejaron en efecto partir para Querétaro donde no logró sanar, y sin lograr restablecerse marchó después para San Luis Potosí.

Muy poco tiempo permaneció allí, pues habiendo sido electo diputado al 5.º Congreso de la Union, vino á la capital á desempeñar su encargo en Octubre de 1869, durando hasta Diciembre de 1871.

Siento que las pocas páginas de que dispongo no me permitan describir aquel período histórico, durante el cual germinaron los elementos que imprimieron una nueva faz á nuestra sociedad y á nuestro ser político. Apenas podré hacer una breve síntesis.

Preparábase en el círculo oficial una nueva reelección del Sr. Juárez que encontraba una seria resistencia en todos los círculos políticos, cansados de una administración de camarilla, cuyo exclusivismo y poca aptitud estorbaban todo impulso de progreso material, que tanto necesitaba el país.

Dos grandes grupos combatían rudamente al Gobierno, teniendo uno por jefe al Gral. Díaz y el otro al Sr. Lerdo. En la prensa y sobre todo en el parlamento era adonde más se pronunciaba la lucha, llegando no sólo á crear serias dificultades al poder, sino haciendo casi imposible su marcha.

El país resentía dolorosamente las consecuencias de

aquella agitacion que paralizaba el movimiento social, originando un malestar profundo al comercio, á la industria y á todos los asuntos de interés público.

Y sin embargo se hizo la reelección del Sr. Juárez no sólo porque el poder tiene elementos insuperables en los pueblos que tienen poca vida propia, sino porque los elementos que lo combatieron estaban hondamente divididos, y si solían unirse en algunos actos de oposición, pronto se separaban pugnando entre sí, en lugar de aliarse para destruir el elemento oficial.

Esto tenía que ser, porque ningún punto de contacto podía haber entre el partido lerdistista y porfirista. Aquel buscaba el triunfo salvando las fórmulas constitucionales, y éste, si las invocaba era como un pretexto, pero resuelto á salvarlas, llegado el caso, para lanzarse al terreno de los hechos.

El partido lerdistista era de hombres teóricos aunque entre ellos se contaran verdaderas ilustraciones en el foro, en la tribuna, en la finanza y en la prensa. El partido porfirista estaba formado por hombres de acción, y aunque se contaban algunas altas inteligencias en su directorio, la mayoría la componían jefes del ejército que habían luchado gloriosamente contra la intervención y el imperio, antiguos guerrilleros y los constantes iniciadores de las insurrecciones y pronunciamientos.

Resultó de aquí, que en tanto que en el Congreso se atacaba rudamente al Ministerio hasta dejarlo sin mayoría, fenómeno sorprendente en nuestros anales parlamentarios, el porfirismo preparaba la revolución.

Carlos Diez Gutiérrez, que desde el momento en que se inició en la vida pública se filió en el porfirismo, que fué uno de los adictos y leales partidarios del General Díaz, sin faltarle ni un momento en los días del combate, y sin desfallecer á la hora del desastre, tomó una parte muy activa en los trabajos del parlamento y en las conspiraciones que se tramaron para derribar el poder.

La conspiración más activa sólo dió por resultado el pronunciamiento de 1.º de Octubre de 1861 que estableció en la Ciudadela, aislado y concentrado en aquella fortaleza por lo cual allí mismo fué sofocado en un lago de sangre.

Pero el porfirismo habia pasado el Rubicon, y tenia que sostener el reto que habia lanzado.

Cárlos Diez Gutierrez no estaba ya en la capital porque el General Diaz lo envió á la frontera á ponerse de acuerdo con los generales Treviño y Martinez, quienes se adhirieron al plan de la Noria el 27 de Setiembre de 1871.

Desde ese momento Diez Gutierrez no abandonó ya la carrera militar dándose de alta en las fuerzas de Treviño, quien lo colocó en su Estado Mayor con el grado de comandante de Escuadron, haciendo á su lado toda aquella penosísima campaña, hasta que fué nombrado Gobernador y comandante militar del Estado de San Luis.

Tenia entonces Cárlos Diez Gutierrez veintiseis años, y apenas se creó que á un joven de esta edad se confiara el mando absoluto y sin limitacion de un Estado tan extenso, tan rico, donde surgieron á la vez otras aspiraciones entre los mismos revolucionarios, y donde el Gobierno del Sr. Juarez habia concentrado sus fuerzas al mando de jefes que habian alcanzado una alta reputacion luchando contra los franceses y contra el imperio.

La revolucion porfirista estaba poderosa: su jefe traía una historia legendaria de triunfos y los precedentes de una carrera pública sin manchas. La administracion del Sr. Juarez, por el contrario se habia aislado por la absorcion de un círculo muy limitado, y solo tenia á su favor el deseo unánime de perpetuar la legitimidad legal, y no permitir que los títulos al supremo poder se adulteraran sustituyendo las fórmulas constitucionales con la fuerza de las armas.

Esto daba á las tropas federales tanto prestigio moral, que apesar de haber sufrido algunos reveses y de haberse incendiado casi todo el país, la revolucion quedó detenida en sus primeros progresos.

Cárlos Diez Gutierrez pudo sin embargo sostenerla, adquiriendo en su Estado un prestigio militar que le permitió levantar y organizar una fuerza respetable, y desplegando un tacto y una prudencia que no era posible aguardar en un joven que apenas conocia la parte práctica de la vida.

Al comenzar su primera expedicion se encontró con

la poderosa vitalidad del Gral. Martinez que se creia con mejores títulos y antecedentes militares para asumir los mandos político y militar del Estado. Diez Gutierrez que escusaba todo lo que pudiera dividir el partido de la revolucion, y que no queria que se le inculpara una ambicion personal que perjudicara á la causa que servia, marchó al campamento de Martinez en Matehuala, para tener con éste una conferencia definitiva.

Martinez rodeado de toda su fuerza, no quiso sin embargo desconocer el alto carácter de que habian investido á Diez Gutierrez los caudillos de la revolucion; pero si no desconoció á este como Gobernador, si resistia á reconocerlo como jefe de las armas pretestando la categoria de la graduacion y manifestando los inconvenientes de que los dos mandos residiesen en una misma persona.

Y con escusas y moratorias retuvo á su lado á Diez Gutierrez por algun tiempo, hasta que éste comprendiendo que nada obtendría del Gral. Martinez, despues de exponerle con energia que el deber lo obligaba á encargarse del Gobierno y Comandancia militar del Estado que se le habia confiado, salió de aquella poblacion donde estaba casi preso, y marchó á Rioverde á establecer su gobierno y á organizar sus fuerzas.

Uno de los rasgos característicos de los revolucionarios de aquella época fué que, respetando siempre los intereses y las personas de los habitantes del territorio donde operaban, solian atraerse las simpatias de las poblaciones, obteniendo así recursos de todo género.

No han procedido así los revolucionarios de la reaccion clerical que siempre y en todas partes han dejado huellas de sangre y fuego, asclando á los pueblos, asesinando sin compasion á sus enemigos políticos, y aun á los indiferentes, y manchándose con todo género de crímenes.

Diez Gutierrez fué uno de los que más celo mostró para hacer sentir lo ménos posible los trastornos de la revolucion á los pueblos que estaban bajo su mando, y con una política enérgica y á la vez justa y conciliadora, consiguió aumentar sus fuerzas, y se unió con Narvaez.

Mas no se habia extinguido aún la division por cuestion

de mando que tan perjudicial fué entonces á la revolucion porfirista, y que desgraciadamente para ésta subsistió hasta que las fuerzas pronunciadas por el plan de la Noria fueron completamente derrotadas en la accion del Carnero.

Solo Diez Gutierrez logró retirarse salvando algunos elementos; pero no pudiendo subsistir en el Estado donde la federacion habia acopiado un gran número de tropas, marchó para Monterey á unirse de nuevo con Treviño. Entre ámbos organizaron nuevas fuerzas y con ellas marcharon para Matamoros.

El tamaño de este libro no me permite hacer la historia militar de aquella campaña llevada á cabo en la frontera, y cuyos incidentes tan terribles como gloriosos apenas se hicieron sentir en el centro de la República. Solo me permite el corto número de páginas de que dispongo trazar á grandes rasgos los sucesos de aquella época, y delinear á los que hicieron la revolucion, que fué el preludio de la que más tarde habia de cambiar enteramente nuestro modo de ser político y social.

El movimiento de Treviño habia sido previsto por las fuerzas del gobierno, y éstas, presentándose en el Topo, fueron derrotadas por el jefe fronterizo Naranjo el cual, acompañado de Diez Gutierrez, volvió de nuevo á Monterey.

La revolucion hacia esfuerzos sobrehumanos y apenas perdía un ejército cuando volvía á levantar otro; pero el Sr. Juarez contaba con recursos superiores á los de los pronunciados, sobre todo, los que le ministraban Veracruz y la capital de la República.

Luego que Treviño hubo reorganizado sus fuerzas, marchó con Diez Gutierrez sobre el Saltillo, donde atacaron ventajosamente á Corella; pero Rocha llegó en esos momentos, restableció la lucha y venció á los pronunciados, que tuvieron que retirarse para el desierto.

De esta manera logró el gobierno ensanchar los límites de su dominacion, mientras que la revolucion perdió insensiblemente terreno, y abandonando casi los pueblos de la frontera, se iba desvaneciendo, quedándose sin elementos y sin vigor.

Los jefes de la revolucion dispersos, ignorando unos

cuál era la suerte de los otros, comprendieron que en tanto que combatieran aislados, sin un plan uniforme y simultáneo, no podrian vencer. Los fronterizos, sobre todo, sentian la falta de cohesion en sus trabajos, ignorando ó sabiendo muy tarde lo que pasaba en los extremos del país, donde combatian sus correligionarios, como en Oaxaca y Jalisco. Del Jefe del pronunciamiento de la Noria ninguna noticia se tenia ya.

Quiso entonces Treviño ponerse de acuerdo con Donato Guerra, ese Bayardo del porfirismo, el caballero sin tacha y sin miedo, á quien todos veian como el segundo jefe de la revolucion, y que más tarde habia de tener una muerte oscura en un motin de cuartel.

Treviño envió á Cárlos Diez Gutierrez á Chihuahua á conferenciar con Guerra, y volvió al Saltillo que creia fácil recobrar y ocupar.

Diez Gutierrez marchó á desempeñar su comision en medio de mil peligros, y, cumpliendo su encargo, volvió al Saltillo en busca de Treviño, cuando supo la muerte de Juarez.

En efecto, el héroe de América habia muerto el 18 de Julio de 1872.

Y á la noticia de aquel gran desastre nacional el país entero se estremeció como si se le hubiera arrancado aquel espíritu gigante que lo habia sostenido en las tempestades de la reforma, y que lo habia alentado frente á los ejércitos extranjeros que profanaron nuestro territorio.

Al caer el Titan, la República sintió el miedo instintivo del porvenir: sin embargo, el sudario del héroe ahogó en sus pliegues la revolucion que habia jurado derribarlo.

Yo que he visto tantos de los grandes sucesos de mi patria, no puedo olvidar aquellas horas de angustia que trascurrieron entre la noche del 18 y la mañana del 19 de Julio.

Ví hace muchos años la tempestad que sacudió el alma de Comonfort, y que enviaba olas de angustia á su frente calva y sombría bajo su piel, descascarada por la viruela, cuando luchaba entre traicioner el Código que habia jurado, ó plantear principios que le aterraban. Y ví tambien, algunos años despues, su cadáver desnudo, tirado en un campo del camino de Chamacuero, clareado

por la bala, desgarrado por la lanza, y con el dedo cor dial de la mano izquierda arrancado por los bandidos que solo así pudieron despojarlo de un rico anillo que llevaba.

Ví á Maximiliano en las horas terribles de su prision, queriendo conservar frente al dolor de una enfermedad la altivez de su raza: y más tarde lo contemplé, envuelto por el humo de los fusiles republicanos, caer al suelo de ese tûmulo inmortal que se llama el Cerro de las Campanas.

Y nada, nada se me ha grabado tan hondamente en la memoria como las escenas que presencié en la madrugada del 19 de Julio de 1872, cuando un grupo de hombres conducia, tendido en un catre, el cadáver de Juarez, por los corredores de Palacio que comunicaban la casa del Presidente con los salones de la Presidencia.

Rodeaban y custodiaban al ilustre muerto sus leales ayudantes, y marchaban detras dos hombres envueltos uno en una capa gris, y otro en una capa oscura: eran el Ministro de la Guerra y el Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

El Gral. Ignacio Mejia y el Lic. Sebastian Lerdo de Tejada iban pálidos, profundamente pálidos, más que por una noche de insomnio, por la emocion de encontrarse repentinamente con la inmensa responsabilidad del porvenir.

La suerte de la República estaba en las manos de aquellos dos funcionarios, enemigos irreconciliables ayer, y que el azar colocaba en torno de un muerto para recoger el poder que, como jefes de partido, durante un año se disputaron en una lucha tenaz.

¿Entregaría Mejia á Lerdo la primera magistratura que correspondía á éste segun la ley, ó asumiría el mando, contando con los poderosos elementos oficiales del juarismo, y con su gran influencia en el ejército?

Este era el problema que en voz baja se preguntaban los pocos que sabian el inmenso desastre de la Nacion. Y no sé si por el ánimo del Ministro de la Guerra cruzó aquella alhagadora tentacion: mas parece que no. El Gral. Mejia no era de la talla de los que dan los golpes de Estado; pero tenia la ciencia de mundo suficiente y

la inteligencia política bastante para comprender que el país no permitiría la violacion del código fundamental, y que su dictadura tendría una vida efimera, barrida por todos los partidos y derrumbada por la indignacion nacional.

Sea lo que fuere, el Ministro de la Guerra puso á disposicion del Sr. Lerdo los elementos del poder, y este hizo el mismo dia la protesta de ley ante el Congreso de la Union, recibiendo la presidencia interina de la República.

La revolucion quedaba desarmada, sin bandera, y sin razon de ser. Habia escrito en sus bases los principios constitucionales que creia violados por el gobierno de la reeleccion, y habiendo desaparecido éste, tenian los insurrectos que reconocer y acatar al que ocupaba la presidencia por ministerio de la ley.

Y en efecto, cansados los jefes de la revolucion de una lucha en la que habian llevado la peor parte, y creyendo que los pocos restos que les habian quedado tras de tanta derrota no podrian resistir el empuje de una administracion nueva y que, como tal y por el círculo que debia venir con ella, contaba con un inmenso prestigio y con la cooperacion de todo el país, se sometieron al gobierno establecido.

Mas tarde veremos que la primera torpeza política del Sr. Lerdo fué tratar á sus antiguos aliados como enemigos, y, lo que fué mas imprudente aun, como vencidos.

La nueva administracion, en vez de entrar francamente en la órbita del progreso, de asimilarse al círculo tan numeroso y tan lleno de vitalidad que rodeaba al Gral. Diaz, vió á éste con recelo hostil, y, lo que es mas increíble aun, deshachó á sus propios amigos, á los que habian luchado con él y por él, contra el juarismo, y se rodeó del personal administrativo, tan viejo y tan inútil, que habia quedado huérfano en Palacio.

Lógicamente debía resultar, y en efecto, resultó que los porfiristas, sobre todo los que habían tenido alguna significación en el plan de la Noria, se vieran sospechados por la policía del Sr. Lerdo y perseguidos, sobre todo en los Estados donde había tomado mayor incremento la revolución.

Cárlos Díez Gutiérrez se vió de tal suerte hostigado por la persecución, que no pudiendo permanecer en S. Luis Potosí, se refugió en Tamaulipas, donde solo pudo subsistir por el apoyo del gobernador Servando Canales, que le profesaba una distinguida estimación, y que lo defendió de sus enemigos que estaban en el poder.

Así pudo dedicarse á los trabajos del campo, á los que se consagró aguardando tranquilo el porvenir. Muchos de sus compañeros de la revolución, que lo habían acompañado en sus fatigas, y que al deponer, lo mismo que él las armas ante la legalidad constitucional se encontraban sin ocupación, y si no perseguidos, sí rodeados por las sospechas del poder, fueron á buscar abrigo á su lado. Díez Gutiérrez les abrió amplia y francamente las puertas de la hospitalidad, dando trabajo á algunos, y partiendo con todos lo poco que podía ganar en circunstancias tan difíciles.

Pero ese mismo círculo de porfiristas que lo rodeaba preocupaba á las autoridades del Sr. Lerdo, y hacia que estos lo vigilasen cada vez más y aun quisieron algunas veces reducirlo á prisión, debiendo su salvación á la poderosa influencia de Servando Canales, á quien no quería disgustar el Gobierno federal.

Tres años casi había gobernado el Sr. Lerdo, si se llama gobernar tramitar los asuntos comunes de la administración en medio de la soñolencia burocrática, y paralizar la marcha del país con un gabinete rutinario y en el cual la inteligencia no era por cierto su primera cualidad.

Nada ni nadie podía arrancar al Sr. Lerdo de la po-

lítica personal que le inspiraban la alta idea que tenía de su propio valer, y la poca estima que le merecían los hombres de todos los círculos políticos, y aun los mismos que componían su administración.

Siguiendo la práctica tradicional de todos los jefes de partido, al subir al poder alejó al suyo de toda influencia y creyó que hacía demasiado con aceptar la cooperación de sus amigos en la prensa y en el parlamento.

Tres partidos políticos perfectamente delineados había en la República, el juarista, el lerdistista y el porfirista. No menciono el conservador, porque éste, entonces, no hacía más papel que dar á los otros tres algunos reclutas que intentaban volver á la vida civil, de la que los había privado la ley dada contra los infidentes.

Los conservadores tienen sobre los liberales una ventaja práctica, si no muy decorosa al ménos muy productiva, y es la de que no borran de su comunión á sus tráfucos que van á servir al partido contrario. Un celoso defensor de la reacción católica sigue disfrutando la estimación de los suyos y la del clero, aun cuando jure la Constitución anatematizada por la Iglesia, porque ya se sabe que los que sirven á la República, que ántes combatieron, no es para hacerse constitucionalistas sino para traicionar y falsear los principios que protestan cumplir.

Pero me había divagado, para manifestar la razón que me hace no contar á los conservadores entre los círculos políticos que se destacaban en el período del Sr. Lerdo.

Ya indiqué lo que este Señor hizo con el círculo que llevaba su nombre, que le había elaborado la elección de Presidente de la Suprema Corte, y que había arrojado al viento las primeras auras que rodearon su nombre con el brillo que debía hacer resaltar su personalidad, indicándola para la primera magistratura.

Al partido porfirista lo trató con mayor torpeza aún, quizá el Sr. Lerdo conservaba el resentimiento político de que debió impregnarse cuando luchó contra los partidarios del Gral. Díaz siendo jefe del gabinete del Sr. Juárez.

No comprendió todo lo que valían esos hombres de acción, en quienes no quería ver más que ó satélites de